

## **Política e identidad: Diálogo con Rose Mary Allen sobre la sociedad curazaeña.**

José J. Rodríguez Vázquez  
Programa de Estudios Iberoamericanos  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Un poema vuelve insistente a mi memoria, me invita a recuperar alguno de sus versos, estoy seducido por él como en ese “punctum” al que Roland Barthes se refería para reconocer eso que atrapa la mirada en una fotografía. En “El otro tigre”, Jorge Luis Borges se plantea el dilema central del lenguaje y del pensamiento frente a lo real; el hecho de que nombrar es construir “un tigre de símbolos y sombras”, “un tropos literario” que no es el tigre real. En el poema de Borges creo encontrar el dilema central de toda invención de identidades y, por lo tanto, de la construcción de la nación y de la nacionalidad. Elaboramos una ficción, hacemos arte, para tratar de representarnos una población o masa humana que pensada como sujeto decimos representar asignándole “su nombre”. El verbo quiere hacer el mundo y si ya hoy no aspira a tanto, quiere ser el espejo de signos y sonidos que reflejan al sujeto. El discurso nacional es ese esfuerzo artístico, ese arte de la ficción, y la nación y la nacionalidad son ese “tigre del verso” y no el tigre real. Este es el sentido que creo debe dársele a la tesis de que la nación es una comunidad imaginada para entonces, desde aquí, establecer los dos primeros bloques de problemas que se deben analizar cuando se habla de la

identidad nacional: por un lado, qué se define como nación, cómo se construye esa definición, quiénes le dan forma a la misma y para qué, y, por otro lado, analizar la identidad nacional como una representación siempre incompleta e inestable que debe ser confrontada con lo real cambiante.

Esta distinción entre el concepto y la realidad, entre el significado de la palabra nación y la red de relaciones sociales reales a las que refiere, es lo que reconoce Anthony D. Smith como uno de los puntos centrales en el debate historiográfico sobre la nación y el nacionalismo que han entablado algunos teóricos de lo nacional y los estudiosos que, apoyándose en investigaciones más históricas, hacen referencia a sociedades concretas. Los historiadores terminan por aprovecharse de las debilidades del concepto, de ese margen de imprecisión que existe entre la definición y lo real-social, para poder afirmar ejemplos de naciones que no se ajustan a las tesis elaboradas por los teóricos. Dos posiciones se pueden extraer de aquí: por un lado, que todo estudioso de lo nacional debe reconocer las diferencias entre los conceptos de nación, identidad nacional y nacionalismo y los casos históricos y, por otro lado, que los investigadores deben alejarse de dos posibles conclusiones, ambas extremas: la de un teoricismo que desecha todo lo que no se ajusta al concepto y la de un empirismo que considera fracasado de antemano todo esfuerzo de teorización.

¿Por qué esta ansiedad de “ser” o este imperioso reclamo de identidad? Para decirlo de la manera más sencilla posible: porque la modernidad ha constituido su dimensión política afirmando la existencia de un sujeto colectivo –el pueblo-nación- que actúa como fuerza fundante del orden político. En otras palabras, porque desechada la divinidad, el poder político y el Estado quedan referidos a las acciones humanas, particularmente a las acciones de ese sujeto colectivo que es el pueblo-nación. El pueblo-nación es el “significante vacío” que actúa como poder constituyente del Estado. No es una persona, ni puede ser apropiado y todos los que actúan en el espacio político están condenados a tratar con él y se consideran sus representantes. Hay aquí un punto que llama la atención de los estudiosos que adoptan un enfoque etnosimbolista y es la fuerza psicológica de esta representación, su dimensión emotiva o sentimental. A esto también apuntan los investigadores que buscan analizar la manía de establecer símbolos –banderas, himnos, aves nacionales- y conmemoraciones y festividades –fechas y acontecimientos, semanas de la lengua o la cultura- para promover la importancia de eso que se presume inherente a la identidad.

Toda definición de la identidad y toda discusión acerca de la nación deben reconocerse como un ejercicio intelectual y político y son sus portavoces más felices los intelectuales y el Estado. Por eso hablar de la

nación y de la identidad es siempre una cuestión de poder y tiene que ver con lo político. Es la inevitable necesidad de afirmar un “ser” constituido capaz de actuar históricamente para establecer sus propias condiciones de vida económica, política y cultural. Este sujeto se forja y afirma desde distintos lugares de poder y puede servir, por paradójico que parezca, para legitimar el poder y un orden político o para cuestionarlos y hasta proponer su destrucción. Se me antoja, para utilizar al viejo Karl Mannheim, que el discurso nacional puede funcionar, dependiendo de su contexto y de las voces que lo articulan, como utopía o como ideología.

Para salir de la historia colonial, las sociedades colonizadas se han visto obligadas a una lucha política y teórica. Han tenido que enfrentar y transformar las formas de dominio y el discurso legitimador colonialista en sus diferentes versiones. En este punto, la conciencia nacional subalterna se ha construido aceptándose como esos “otros” que ha pensado el discurso colonialista, pero redefiniendo y reevaluando sus posiciones. Las diferencias elaboradas por los Estados metropolitanos para pensar y conocer sus periferias coloniales -diferencias culturalizadas –idioma, religión, hábitos, costumbres- o racializadas –negros, indios, mestizos, mulatos- han sido retomadas como armas de lucha y resistencia contra la deshumanización colonial.

Esta es la parte de la historia que recorre Rose Mary Allen en el caso de las Antillas Holandesas, particularmente de Curazao: las transformaciones políticas que han elaborado las metrópolis imperiales negociando con sus subalternos –en una obvia relación de poder y desigualdad- formas jurídicas de “descolonización” que refieren a nuevos ordenamientos políticos posibles que no se agotan en la opción de fundar nuevos Estados y, junto a estos cambios, como corolario ineludible, un definir -que es también un definirse- quiénes son y cuáles son los derechos y deberes que se les reconocerán a esos que han pasado a convertirse en sujetos de la Historia. La Dra. Allen ilustra, con el caso de las Antillas Holandesas, las transformaciones del escenario político en el Caribe plural y políglota, y las constantes discusiones sobre el “ser” o la nacionalidad que acompañan estas mutaciones y parecen imponerse como “aventura indefinida”. Geografía colonial de larga duración, el Caribe llegó a la segunda mitad del siglo XX bajo el impulso descolonizador de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), sometido a una diversidad de metrópolis, que habían salido favorecidas o maltrechas de la catástrofe bélica y poseedoras de distintas culturas imperiales, y agitado por los reclamos políticos e identitarios de los pueblos de esas islas en que algunos creen encontrar una historia que se repite.

Cómo se define la identidad nacional quiere decir cómo se inventa. El tema está planteado por la Dra. Allen cuando destaca cómo los cambios políticos en la Federación de las Antillas Holandesas han llevado a la discusión de qué es un curazaeño; es decir, de quién es un curazaeño y qué lo caracteriza. Dos puntos quisiera resaltar en el desplazamiento de estas interrogantes: el de los criterios de definición –o el qué es- y el de las estrategias de inclusión/exclusión –o el quiénes son.

En el debate sobre la definición de la identidad curazaeña, la Dra. Allen reconoce la importancia del modelo primordialista objetivo y de esa estrategia binarista de “nosotros” y “los otros” que están siempre presentes en la invención de identidades. Como ella demuestra en el caso de Curazao, los criterios objetivos que se manejan pueden variar y a lo largo de la discusión, modificarse lo que se considera el criterio fundamental. Es decir, uno o varios de estos criterios pueden considerarse indispensables para definir una nación y en muchas ocasiones el desplazamiento de uno a otro puede ser parte de las estrategias para redefinir la identidad cuando la realidad resulta complicada y no se deja domesticar por el concepto. Es posible reconocer como criterios objetivos:

- a. el territorio (es decir, haber nacido en el lugar);
- b. el parentesco (que resalta la genealogía familiar o los elementos raciales);

- c. la cultura (sobre todo, el idioma, la religión, las tradiciones y las costumbres)
- d. y la historia compartida (que se presenta como una historia de humillaciones superadas por la voluntad heroica del subalterno en su lucha contra la esclavitud y el colonialismo).

La diversidad de problemas que se crean con estos criterios objetivos, que pretenden resolver el qué es y quiénes son curazaeños, están atravesando toda la exposición de la Dra. Allen cuando analiza el debate intelectual y político que se ha desarrollado en el último poco más de medio siglo de historia de las Antillas Holandesas. Como demuestra en su trabajo, la complejidad de la sociedad curazaeña real obliga a las transformaciones del “tigre que habita en el verso”.

En lo que tiene que ver con las estrategias de inclusión y exclusión habría que destacar muchos puntos polémicos. Creo que podrían dejarse planteados dos ejes de discusión. En primer lugar, que hay que tener presente las distintas posiciones que se asumen para definir a los que habitan en el mundo exterior; por ejemplo, como “otros iguales” o como “otros amenazantes” y, también, como “otros ideales” y como “otros enemigos”. Aquí sería bueno señalar que diferenciar no quiere decir siempre y necesariamente encerrarse y despreciar. En segundo lugar, que todo discurso

nacional es, al mismo tiempo, apología y crítica tanto de “nosotros” como de “los otros”.

Del trabajo de la Dra. Allen podemos llegar a la conclusión de que existe un teorema erróneo: el que sostiene que la única forma política de superar el colonialismo es la independencia y la formación de nuevos estados-naciones; el que dice que una nación sólo se realiza históricamente a través de su organización como Estado. Lo que demuestra la compleja historia de la descolonización en el Caribe es que la discusión acerca de la nacionalidad y la afirmación nacional, si bien es una cuestión política, es un debate sobre múltiples opciones políticas de superar el colonialismo. Y esto hasta el punto de considerar que la incorporación al Estado metropolitano, como han hecho tres de las islas de la Federación, es una forma descolonizadora que no necesariamente se presenta como un suicidio nacional porque pasar a formar parte de un Estado plurinacional deja abierta la posibilidad de múltiples identidades: una ciudadana y otra nacional. Algo así como ser políticamente ciudadano holandés y miembro de la nación arubense o curazaeña. En síntesis, discutir la identidad nacional es discutir lo político —es decir, el Estado y las formas de gobierno- y la superación del colonialismo refiere a una pluralidad de “soluciones” que van desde la incorporación política a Estados plurinacionales, pasando por una diversidad de modos autonómicos hasta la fundación de un estado-nación. La identidad



nacional se liga aquí a la cuestión jurídica del ciudadano con derechos y deberes.

¿Pero no estamos apostando demasiado rápidamente a que las soluciones jurídico-políticas coyunturales puedan resolver la cuestión nacional? La Dra. Allen ha planteado en su escrito cómo lo que se ha adoptado como solución política, más que concluir o cerrar una discusión lo que ha hecho es avivarla. Ya en el contexto curazaeño, y en su futuro próximo, esa discusión sobre múltiples identidades y sobre la identidad nacional está y seguirá produciendo escritos y debates políticos. ¿La pertenencia al reino de Holanda como ciudadanos significa asumir una identidad holandesa? ¿Qué queda de esa antillanidad si la misma parecía estar anclada en ese proyecto político de la Federación que se ha desboronado? Por último, ¿la nacionalidad curazaeña habitará felizmente en su nuevo traje político? La conclusión que tengo que extraer del escrito de la Dra. Allen es que estamos en un capítulo más de la lucha política e identitaria y no en el “fin de una historia”.

El “buscando nos mes” que se despliega en la sociedad curazaeña no puede cerrarse. ¿Será porque la única forma de concluirlo es precisamente la de una opción política que no consigue seguidores y las autonomías y las incorporaciones resultan siempre frágiles y pasajeras? ¿Será porque la identidad es siempre una ficción borrosa que resulta demasiado rígida para

dar cuenta del fluir de lo real? ¿Será porque este Caribe archipiélico no es más que una esquina olvidada por la globalidad descontrolada y permanece sometido a un debate ya superado? Se me ocurre, desde el diálogo con amigos que me invitan a pensar, que quizás ya sea el momento de comenzar a experimentar con una nueva categoría de “nosotros” que no sea identitaria, una nueva categoría que hable de lo propio como un sujeto abierto a su propia exterioridad constitutiva. Entonces, dejaremos de definirnos por criterios objetivos y sólo seremos historia y política: voluntad de ser y cambiar apostando a una sociedad democrática e igualitaria, un “nosotros” que hace suyo lo incierto y se transforma sin esa sensación paranoica que agita a los seguidores entusiastas de ciertos profetas mesiánicos de un siglo ya concluido.